

# OCTAVIO PAZ

Una experiencia de la Guerra Civil Española

DANUBIO TORRES FIERRO

A Marie José

**A** abundantes, y muy hon-  
das, fueron las conse-  
cuencias que la Guerra  
Civil española tuvo en la vida y la  
obra del entonces joven de 23  
años Octavio Paz. Se puede afir-  
mar, sin incurrir en exageraciones,  
que tal experiencia fue central en  
alguien que se preocupó siempre,  
como parte de una estrategia vital  
e intelectual, por encontrar y pro-  
yectar un sentido a las estaciones  
de su trayecto. Cabe recordar, en  
efecto, que para él fue piedra de  
toque el nunca aceptar pasiva-  
mente las imposiciones de la rea-  
lidad y que, desde temprano, se  
propuso conjugar un *strong pre-  
sent tense*, un enérgico tiempo  
presente del sentimiento existen-  
cial. Más: hombre dispuesto a re-  
accionar con rapidez ante el recla-  
mo de lo inmediato y a desentra-  
ñar sus enseñanzas menos formu-  
ladas, su viaje a España en 1937  
se convertiría en un hecho domi-  
nante al que volvería una y otra  
vez para, al revisarlo y actualizar-  
lo, recrearlo como fuente de mu-  
chas de sus posturas y creencias.  
También, ese regreso reiterado  
puede entenderse como un reco-  
nocimiento a la memoria en tanto  
que acto (y acta) de una identidad  
en movimiento.

Una memoria, adviértase des-  
de ahora, que se mostraría fértil  
como fecundadora de un proceso  
artístico que busca una evaluación  
moral de la propia experiencia y  
de la jerarquía y fuerza de la emo-  
ción que la motivó. Y una memo-  
ria, también, que no se dedicará a  
idealizar el pasado sino que pro-  
curará administrar, en cada vuelta  
del camino, una visión integral  
que comprometerá por igual a la

persona y al ciudadano, al artista  
y al intelectual. De ahí que la com-  
moción española recurrirá en  
unas esferas de reverberación don-  
de se entremezclarán, de forma  
inextricable —y esta característica  
es la que la convierte en central—,  
las opciones vitales, las morales,  
las políticas y las artísticas. En tal  
tránsito, y como suele ocurrir en  
Paz con tanta decisión, la historia  
personal se convierte en historia  
intelectual, en historia moral, en  
historia que evoca y convoca un  
sentido de la conducta propia, y  
hasta de la colectiva, como partes  
de una elaboración ética —y, de  
manera no menos gravitante, en  
historia poética, en historia que es  
consecuencia y resultado de una  
articulación estética. “No hay vi-  
sión histórica sin visión poética”,  
se argumentará perentoriamente  
mucho más tarde. No sorprende,  
entonces, que ya desde aquí, des-  
de este comienzo de una historia,  
se pueda averiguar la inaugura-  
ción de algo así como el aura de  
un designio.

Que Paz tuviera sólo 23 años  
al viajar a España es un dato que  
ilumina esa resonancia dilatada.  
Tener 23 años, asistir al desgarró  
de una guerra civil en un país con  
el que se tienen fuertes vínculos  
biográficos, históricos y cultura-  
les, presenciar un conflicto que se  
advierte como un parteaguas en  
la evolución de las ideas, amistar-  
se con quienes de ahí en más for-  
marán parte de una cofradía inte-  
lectual y afectiva, y ser testigo ac-  
tivo de un proceso que es a la vez  
continuidad y ruptura con una  
determinada progresión histórica  
(para resumir: la de la Europa que  
se alumbró en el siglo XVIII, con  
el triunfo del racionalismo) im-  
plica —humanamente hablando—  
exponerse, en único envite, a

unos trances iniciáticos grávidos.  
Puesto en otros términos: entrar  
en edad viril y entrar en historia  
—hacerse hombre y reconocerse  
parte de una coyuntura y de un  
destino— mediante fogeos tan  
sobrecargados de poder simbólico  
entraña de suyo una experiencia  
que incidirá de modo decisivo en  
los resortes que articularán de ahí  
en más, estructurándola, a una  
persona.

Que tal testigo refrendario ya  
haya adelantado una vocación de  
poeta (es decir, de alguien que  
apuesta por una visión signifi-  
cante de cuanto le ocurre y que aspira  
a ponerla por escrito; *Luna silves-  
tre*, su primer libro, es de 1933) y  
hasta de moralista (es decir, de al-  
guien que sitúa a lo ético como  
nuclear; los primeros textos de  
*Vigilias de un soñador* son de  
1935) agrega al cuadro un grado  
más de complejidad y ventura.  
Así, ese poeta en ciernes, que en el  
cercano 1931 “buscaba todo y a  
todos”, afirmación característica  
de una edad de señas de identidad  
aún equívocas, y ese moralista  
precoz, que en 1935 señalaba que  
“el principio de la libertad está li-  
gado con el de la verdad”, se en-  
contrarían en un tris comprome-  
tidos con unos acontecimientos  
vertiginosos. Una suerte de co-  
mienzo similar al de una novela:  
como si el joven que allí asomaba  
se hubiera plantado en el cruce de  
unos postreros episodios naciona-  
les galdosianos y de una ansiedad  
revolucionaria malrauxiana. Alu-  
dir a esas figuras (Benito Pérez  
Galdós, André Malraux) es aludir  
a un sistema de afectos literarios  
con el que el joven Paz estaba en  
comunidad. Pérez Galdós lo había  
introducido desde temprano en  
los extremismos —temperamenta-  
les, sociológicos— hispanoameri-

canos, y Malraux, por medio de  
*La condición humana* (1933), en  
el albur —efervescente de pasión y  
de heroísmo— de la revuelta sub-  
versiva.

No parece arriesgado suponer  
que una primera consecuencia de  
ese entrenamiento en el corazón  
de la realidad de la propia persona  
y de las cosas tienda a dibujar una  
mitología de muy diversos alcan-  
ces que arraigará de modo perdu-  
rable en la línea de visión del jo-  
ven de 23 años. Mitología debe  
entenderse aquí, en un contexto  
que la obra de Paz ayuda retros-  
pectivamente a reconstruir, y en  
una coyuntura histórica enconada  
como la de mediados de los trein-  
ta del siglo pasado, como la bús-  
queda de unos ideales y unas con-  
vicciones que remedien y com-  
pensen a un cuerpo físico y meta-  
físico en transformación. Se trata,  
por supuesto, del cuerpo de una  
Europa que, nacida de la Ilustra-  
ción y de la Revolución francesa,  
se despliega primero a lo largo de  
los siglos XVIII, XIX y XX como una  
inmensa alegoría en la que coexis-  
ten y se alternan el Terror y la Li-  
bertad y que después convierte a  
cada ciudadano en un testigo y a  
menudo en el actor de una Histo-  
ria (evoquése los manes de Fa-  
brizio del Dongo) vuelta ímpetu  
y precipitación.

Es la Europa zigzagueante que  
vive a caballo del Antiguo Régi-  
men, la Revolución y el despunte  
de la Revolución industrial, y que  
en España acabará por precipitar  
el desguace del Imperio y el con-  
siguiente desgajamiento —geopo-  
lítico, ideológico— de unos terri-  
torios de ultramar por su parte  
muy expuestos a cuantas trans-  
formaciones amanecen en sus  
matrices. La Europa de ciclos que  
se suceden y se cancelan unas a

otros y que será recorrida en buena parte de sus dominios por una zona del pueblo –un pueblo que intimida a las burguesías de cuño reciente– a la que se terminará por bautizar, en la evolución sociológica del lenguaje, como proletariado. La Europa, por último, que a través de una sucesión de experiencias interrumpidas por la violencia intenta descubrir el régimen que mejore la vida de todos y que transmuta a los ciudadanos de las revoluciones en el individuo privado de las nuevas sociedades. La España de 1936 y 1937, país en el que conviven la reacción y el liberalismo como expresión de fuerzas contradictorias que generan, por la tensión social que acumulan y la cancelación de compromisos contemporaneizadores, el surgimiento de ideologías enemigas, es hija putativa de esas hirvientes convergencias y esos inquietos aledaños. Unas y otros la llevarán a buscar también en ella modificaciones en sus formas de organización y representación políticas. Se trata de unas transmutaciones que trazarán, para mucho resumir, una frontera entre dos tradiciones llamadas a reciclarse polémicamente: la tradición de lo Antiguo y la tradición de lo Moderno, según una distinción ya canónica –pero que también admite una simplificación menos mayestática y más exacta: tradición y modernidad. Tierra “excéntrica” por definición y naturaleza, la América transatlántica se insertará a veces con perplejidad y a veces con denuedo en ese panorama.

Traspongamos tal escenario en términos de desarrollo histórico literario: desde sus comienzos hasta sus postrimerías, las figuras dominantes de ese periodo, de



Octavio Paz

Fedor Dostoievski a Gustave Flaubert, de Charles Baudelaire a Carlos Marx, de Pérez Galdós a Malraux, se formarán, unánimes, en la promesa de redención social y moral que portaban las revoluciones europeas que se extienden entre 1789 y 1848 y que llegarían al momento más cercano a su realización cabal en las cuatro primeras décadas del XIX. En efecto, desde las ideas tan anticipadoras de Michelet de que “el actor principal es el pueblo” y de que la revolución –madre del progreso alado en una *fuite en avant* sin tasa– es una religión, hasta el empeño intelectual y social de que ya nada fuese igual a lo hasta aquí establecido y de que se infligiera una vuelta a la historia, la idea del cambio se impone en los campos complementarios de la teoría y la práctica. La cuestión central que resuena en estos grandes movimientos es discernir si tal rechazo de los valores prevalecientes es consecuencia, o bien de una democracia que se extiende y se prolonga a través de una creciente

riqueza y educación, o bien de unos empeños revolucionarios que buscan voltear lo establecido, o bien, en un tercer desplazamiento, consecuencia de la unión de ambas mudanzas.

No es nada casual que un tiempo más adelante, para ser exactos en los años treinta del siglo XIX, se llegue al punto a partir del cual el llamado “intelectual” empieza a vivir un estado de descontento crónico con el orden aceptado, a delinear una figura de sí mismo que se sitúa a mitad de camino entre un proscrito y un agitador; casi toda obra de arte es, de ahí en más, y en buena medida, una revancha de la voluntad contra la fatalidad –y, muy a menudo, porta en sus entrañas un veneno corrosivo contra todos los contextos que la circundan. Cuando esta tendencia se arraiga y se adensa, Malraux será el primero en situar, en sus tan influentes novelas, entre los hombres que predicán el empleo de la revuelta y los terroristas que apelan a la acción, a una nueva raza: jus-

tamente la de los intelectuales. Tampoco es nada casual –y esto importa en esta secuencia– que la República española surgida en 1931, y cuyo colapso sobrevendrá en 1939, haya sido hechura de unos intelectuales (Manuel Azaña, Jesús Giral) metidos a pensar con ambicioso interés político. Añádase a ese campo europeo unos antecedentes reveladores ocurridos del otro lado del Atlántico. Por un lado, el hecho tantas veces olvidado de unos Estados Unidos fundados por intelectuales y gobernados al menos por tres generaciones de ellos hasta que precisamente una guerra civil los desalojó del poder y los llevó a crear una suerte de precoz izquierda norteamericana que fiaría, en sus postulados rectores, en la articulación de una utopía fabricada por fraguas de implicaciones cooperativistas y religiosas. Y, por otro lado, un hecho que, desde los territorios que formarían parte de la España ahora en crisis, será a la vez una prolongación y acaso una corrección de esas coyunturas mundiales: la Revolución mexicana, ejemplo de movimiento popular y campesino que, por armado, se torna revolucionario. Y algo más, que tiene –cabe insistir– un origen anterior y que conviene subrayar una y otra vez al tratar estas cuestiones: las naciones que surgen al otro día de la Independencia serán estructuras que deberán todo, o casi todo, a sus “ilustrados”, a esos “intelectuales” que viajan, de hecho o en sus lecturas, a las fuentes inspiradoras del XVIII.

**P**ues bien: Octavio Paz, que era niño en el México de la década segunda del siglo XX, y que es joven en esta España de 1937, fue

uno de los llamados a desmenuzar el nudo dramático que, desde esos parteaguas, organizaría sus escenarios vitales, intelectuales y creadores. Cabe recordar, otra vez, que él estaba en ese momento de su crecimiento en el que una tradición (una tradición en el sentido más amplio y comprehensivo del término, una tradición histórica y creadora) sólo se hace viva cuando es transmitida por personas a las que quisiéramos parecernos y que, en esa transferencia, se nos vuelven paradigmas. Un proceso que, es de suponer, se acentúa por el deseo por romper con unos moldes originarios y conformadores que se entienden restrictivos: familia, casa, patria, contornos. Construirse una identidad, ensayar las propias potencialidades y colonizar los espacios abiertos son partes de una voluntad animosa que cristaliza en España. Que “razón de ser” —un imperativo filosófico muy influyente por entonces que se inspira en Friedrich Nietzsche y en Soren Kierkegaard— recurra una y otra vez en el pensar y el escribir del joven Paz es, al respecto, sintomático.

“Las épocas de juventud son revolucionarias”, reconocería más tarde Paz al comentar su experiencia española, para añadir de inmediato que “mis ideas de entonces se inclinaban hacia la izquierda radical”. Esas simpatías obedecían, ciertamente, a los resortes emocionales y sensibles de una etapa juvenil, pero surgían también de ese largo desarrollo histórico arriba expuesto y que alentaba una lucha política que se apoderaría de la vida moderna, o mejor: que haría de la vida la expresión de un hecho político moderno. Situémonos. El joven Paz se encuentra en la provincia de Yucatán cuando recibe la convocatoria para asistir —como invitado de Pablo Neruda, Rafael Alberti y Arturo Serrano Plaja, y no por cierto como representante de la oficial Liga de Artistas y Escritores Revolucionarios (LEAR)— al Congreso Internacional de Escritores Antifascistas que organiza en 1937 el legítimo gobierno de la República como una forma de hacer campaña en su favor en me-

dio del acoso sedicioso de los franquistas. Un Yucatán, cabe recordar, indígena y profundo, cuna de la grandeza caída del pasado prehispánico y de la miseria de sus campesinos; un Yucatán en el que el joven Paz intenta, a través de su participación en unas misiones pedagógicas de reciente creación, dar cauce a un sentimiento comunitario y de arrimo a los desposeídos. Son, estas últimas, dos palancas que se hunden en el suelo de una revolución que aún alienta y en el impulso de regeneración social e intelectual que estimula la figura tutelar de José Vasconcelos. El joven hace el viaje a España con el poeta Carlos Pellicer y el novelista José Mancinello y Nicolás Guillén, y, en su paso por París, se les unen Malraux, el propio Neruda, el ruso Illa Ehrenburg y el inglés Stephen Spender. Hubo un momento en esa permanencia española en el que el joven Paz hasta se propuso enrolarse en el ejército republicano. La ocurrencia, de retumbos románticos y fruto de una veleidatad solidaria contagiosa, no prosperó, y no prosperó; sobre todo, porque el transitorio candidato a miliciano no era un comunista orgánico —y, ya en esas fechas tempranas, los partidos comunistas, en sus versiones nacionales, controlaban con celo recalcitrante cuanto sucedía en sus filas y en sus inmediateces.

Vueltas de la historia. El Madrid convulsionado del año 1937 guarda algunas similitudes con ese escenario prestigioso que fue el París, también en convulsión, de 1848. Por ejemplo, y sobre todo, los intelectuales que en ellas participan y tanto se comprometen manifestarán explícitamente, y mayoritariamente, la aspiración común de encarnar sus ideas en un programa político. Ya pertenece a nuestra historia cultural el hecho de que España atrajo, en sus trances trágicos, y tanto por el espejeo simbólico ecuménico de su conflagración como por las estrategias propagandísticas de republicanos y franquistas —unos y otros a la búsqueda de un reconocimiento legitimador por parte de

las esquivas democracias neutrales (Francia, Inglaterra, Estados Unidos)—, a una cantidad sin precedentes de artistas, intelectuales y periodistas. Estaban los ya mencionados pero también, entre otros, Ernest Hemingway, John Dos Passos, Georges Bernanos, Antoine de Saint-Exupéry, George Orwell, André Gide. Algunos llegaron por sus propios medios, otros como corresponsales de guerra, otros como voluntarios y brigadistas solidarios y otros más invitados por asociaciones, organismos y sindicatos oficiales encargados de promover un antifascismo activo (y, demasiado a menudo, un protoc comunismo apenas disfrazado) que se manifestó bajo la consigna genérica de “libertad por la cultura”. Había más motivos para la reunión de tanta figura de renombre. Un motivo es que la subclase intelectual representa el único grupo social —como lo diría con derechura Cyril Connolly, otro de los que pasó por ese escenario— que es básicamente internacional: “quien cree en el intelecto toma su lugar en el árbol de la gran familia de la inteligencia humana en la que quienes han influido son sus solos antepasados, y éstos son de cualquier raza, cualquier credo y cualquier condición”. Otro motivo de atracción —y éste es fundamental y el joven Paz lo verá con acierto al hablar en fecha temprana de lo que llamó la “americanidad de España”— “era la fascinación que ejercía un conflicto de alcances épicos comprometido con las fuerzas básicas de la humanidad [...] España era vista como el campo de batalla donde se decidía el futuro”, según razona el historiador Anthony Beevor. Para Paz se añadía algo importante: la oportunidad de reparar una relación viciada entre España y América Latina, y no entre ésta y Europa. Ya se advirtió antes: desde las vísperas de la Independencia, todo lo europeo resuena en el continente con una intensidad singular.

España representaba una conciencia de dimensiones universales. Y ello era así porque el país emergía a una modernidad a la que el marxismo otorgaba un sen-

tido ideológico de inmenso predicamento entre los sectores pensantes: el de que lo político y lo ideológico desempeñan un papel central en el drama social al proporcionarle al hombre (y, por extensión, al intelectual que ahora sustituye al teólogo medieval), como remedio a la alienación, un perfil, un sentido y una beligerancia. Malraux formularía en su novela *La condición humana* una petición de principio cercana pero, en su caso, de raíz constitutiva distinta en tanto que no fía en un sistema político-partidista: *Il faut agir* fue la consigna elegida. O sea: la exaltación de una aventura personal que, en medio de la angustia del destino característica del mundo de la modernidad, libera al individuo de la máscara de la civilización burguesa y del culto al yo. Así, y nadando en buena medida entre la exaltación sentimental y la confusión intelectual, democracia y revolución, vanguardia y reacción, cinismo y fraternidad, pueblo y burguesía, a las que se añaden las de cuño tan nuevo como nazismo, comunismo y fascismo —la tríada que la ciencia política denominaría como totalitarismo—, eran las a un tiempo equívocas y rotundas palabras —y lo que ellas encarnaban, o pugnaban por encarnar a lo largo del desarrollo de los siglos últimos—, que protagonizaban un momento que mundificaba un paisaje local y nacional situado en una encrucijada histórica exasperada y exasperante.

De ahí que, en esos fulgurantes tránsitos españoles, y al colocarse casi todos del lado que se presentaba como la fuerza (comunista) redentora por antonomasia, los intelectuales acabaran por encontrarse ante un dilema que mucho los marcaría: la conmoción que implicaba el choque entre emoción y moral, arte y propaganda, violencia y mentira, objetividad y parcialidad. ¿La causa justifica los medios? ¿Hay que sacrificar la independencia y la libertad en aras del dogmatismo y la beatificación? ¿La guerra exige la liquidación del adversario? Quizá el episodio más elocuente, en este sentido, fue el que tuvo lugar en una

de las sesiones del Congreso de Escritores: se convirtió a Gide, que acababa de publicar su *Regreso de la URSS* con críticas al gobierno de Stalin, en un tráfugo. El joven Paz señalará más tarde que esta humillación, ante la que no tuvo la capacidad de reaccionar, lo “descorazonó”. Una rareza que conviene destacar: muy pocos de los intelectuales que visitaron la España en guerra saldrían de allí dueños de una experiencia espiritual y política tonificante, aleccionadora, no depresiva; entre esos pocos estaba el joven Paz. En lo porvenir, él hablaría de cómo hay derrotas que no envilecen y se tornan victorias y de cómo existen causas justas que se hacen perdurables. Y, algunos pocos años después, sumaría su voz, y su tesón, primero al movimiento –tan minoritario, por cierto– que se opuso al totalitarismo soviético y, después, a las dictaduras –de la castrista a las castrenses– latinoamericanas. Una reflexión que corresponde hacer aquí es que aquello que decide y determina el punto de vista de un escritor no es tanto el lado al que apoya sino con qué ojos ve al mundo. A partir de su experiencia en la Guerra Civil española, y con no menor radicalidad a partir de su participación en el Congreso de Escritores, Paz modificaría más y más su mirada. Pero nunca esas modificaciones perderán de vista los ejes mayores que se levantaron en España: la idea de la libertad como hecho central de la experiencia personal y colectiva, y la defensa de un sistema democrático imperfecto mas ineludible.

En el caso concreto del joven Paz había un motivo más de atracción hacia España, un motivo que diríase que redobla y acrecienta el alcance emblemático de su presencia en la contienda del 37: como mexicano, como mestizo y como latinoamericano su formación y su destino están íntimamente unidos a la península. ¿Acaso lo que se convirtió en México no se había llamado Nueva España? ¿Acaso, en ese mismo 1937, León Trotsky no había desembarcado en un puerto mexicano y el presidente Lázaro Cárde-

nas no había promovido la próxima nacionalización del petróleo? ¿Acaso México no vendía armas –aunque fueran unas armas calamitosas– a la República? Y una vuelta de tuerca más: el joven Paz, con sangre de la Cádiz española, se había alimentado leyendo a los clásicos hispanos que se guardaban en su biblioteca familiar y había descifrado allí una herencia y una tradición. Cabe insistir: reconocer *in situ* tales ancestros –reconocer un escenario, unas gentes, unas ciudades– y además codearse con quienes conforman algo así como los *chosen ones* –codearse con Alberti, con Vicente Huidobro, con Juan Gil-Albert, con Manuel Altolaguirre: la primera fila de sus contemporáneos– era poner en práctica y afianzar un sentido de pertenencia que, como lo apuntara Connolly, se beneficiaba además de una vicaria reciprocidad de progenia. Poco tiempo más tarde, ya en México, el joven Paz y sus amigos españoles animarían al menos dos ejemplos de colaboración fraterna transterritorial: la revista *Taller* (1938-1941) y la antología poética *Laurel* (1941). Aquella viciada relación entre España y América Latina haría aquí su primer intento por recomponerse. Sólo lo lograría plenamente, casi medio siglo más tarde, cuando España accede a la democracia después de la liquidación de la tiranía franquista.

Algo había del orden del milagro de la comunión en el fogeo español del joven Paz, algo que actúa en él desde entonces como una fuerza gravitante, galvanizadora. (Permítaseme un paréntesis acaso ilustrativo por gráfico. La iconografía de la guerra civil –tan similar a la de los Estados Unidos de la Depresión– empinó una estética documental elocuente que mucho contribuyó a fecundar una robusta leyenda épica. No es casual que entre las fotografías escasas del joven Paz en España se pueda discernir con la fiereza de lo evidente la profecía física y hasta moral que predice el futuro íntegro del sujeto. ¿Eran los fotógrafos o las cámaras quienes podían ver así, quienes se anticipaban de

ese modo?) Por sus testimonios de entonces, y por lo que afirmará aquí y también allá, y una y otra vez, ese joven Paz tendrá allí una experiencia de iniciación que le permitirá ir modificando, corrigiendo y afinando su persona, sus ilusiones y sus convicciones. Se trata, para ponerlo de otro modo, del origen de un aprendizaje. No sólo de un aprendizaje: es el principio de un enlace argumentativo que se enriquecerá a medida que progresa un arco tanto personal como histórico: porque el descubrimiento de sí mismo –y aquí se reconocerá otro *leitmotiv* paciano– pasa por el descubrimiento de los otros. De ahí que la visita que, en medio de la Guerra Civil, Paz hace con Stephen Spender a una Ciudad Universitaria en la que hay unos presos enemigos que, al escucharlos hablar, él reconoce como voces humanas semejantes a la suya, adquiera en estos contextos el carácter de una efectiva revelación fraternal; casi cuarenta años más tarde, ese encuentro lo llevaría a afirmar con cierta melancolía que “mi ideal, inalcanzable, ha sido ser un semejante entre mis semejantes”. Así, es a estas alturas indudable que, en Paz, experiencia, pensamiento y narración (vida vivida, racionalidad analítica y exposición creadora, ya sea oscura o luminosa) organizan –como pretendía Hannah Arendt que ocurría en aquellos en los que convergen política y destino en forma de biografía intelectual del siglo xx– un continuum esclarecedor al que él mismo le pondría, en las primeras páginas de su *Itinerario* (1993), un nombre felizmente adecuado: “la espiral” –esa curva que se va abriendo y alejando de su punto de partida y que da varias vueltas a su alrededor–. Memorias de un final, *Itinerario* vendrá a culminar, con el gobierno de esa figura geométrica envolvente, un tránsito vital e intelectual que se elabora en torno a enlaces y desenlaces en multiplicada interacción.

Esta selección de textos quisiera dar cuenta, intelectualmente y hasta dramáticamente hablando, de la unidad zigzagueante y las interdependencias com-

plejas que vertebran las huellas y los vestigios de un Octavio Paz que devendría la fuerte personalidad y la vigorosa presencia que conocemos a partir del rito de pasaje que significó para él la Guerra Civil española. La revolución política que se desdobra en vanguardia artística; la lealtad a una causa que se niega a rebajar su actitud crítica, un pueblo de esencias machadianas hecho de pan y nobleza y humildad; la defensa de una libertad que no admite ser ahogada ni por los credos unánimes ni por la invasión estatal; el culto a unas amistades literarias espumosas y liberales; la búsqueda de una democracia que profundice en sus propias potencialidades; el diálogo con unas izquierdas muchas veces monologantes o sordas; la comprobación de la existencia de una suerte de falla moral en el alma intelectual y, *last but not least*; la soberanía de la visión poética sobre cualquier otra son otras tantas estaciones que deberán imponerse como fuerzas impulsoras y como climas que dan forma y volumen a estas páginas. Nadie más claro y exacto, y más persuasivo, que Octavio Paz para analizar, exponer y poetizar su universo de sentimientos y convicciones. Allí las experiencias y las ideas, al integrarse en el cuerpo único de una narración, habilitan una crítica de esas mismas experiencias e ideas al revelar, casi paso a paso, la ascendencia y el fondo común que las fundamenta. Por eso, el propósito aquí, sin apego a la cronología y con voluntario recurso a la trama subterránea articuladora, ha sido el de reconstruir, y restituir, un trayecto desde el momento en que vislumbra un porvenir hasta que rotundamente lo cumple. ■

[Prólogo de *Octavio Paz en España, 1937*, Fondo Cultura Económica, 2007.]

**Danubio Torres Fierro** es escritor. Autor de *Estrategias sagradas*.